

LA VENIA

Pido la venia para dirigirme a vosotros. Soy la primera mujer que tiene el privilegio de abrazar este atril para anunciar la Semana Santa, contar sentimientos y abrir su alma. ¿Qué puedo hacer si no cuando hablamos de algo que roza nuestros recuerdos más íntimos? ¿Qué puedo hacer si no cuando se va a hablar de Dios, de creencias, de devociones aprendidas con los años, de parte de tu vida, de mi vida, la de los míos y la de la gente que me quiere? Pido la venia para abrir ese cajón donde guardamos los recuerdos de cada Semana Santa, el cajón donde siempre está la medalla de tu hermandad, la de tu padre que ya no está y que este año llevarás con orgullo. La foto de tu primera salida. La del nieto que el año pasado se estrenó como monaguillo. Mira, ahí está tu papeleta de sitio.

Son como años que arrancas del calendario, caen como hojas caducas de los árboles del parque, suenan como tañidos melancólicos del campanario de un convento. Un año más y otro más.... Pido la venia y le pido a Dios que me lleve de la mano para que sea capaz de convertir en un pregón lo que tantas veces he contado a través de la radio. Hoy entro en vuestras casas con humildad. Me alivia pensar que no soy una extraña. Quizás mi voz te haya acompañado en alguna tarde de soledad o en esos días eternos a los pies de la cama de un hospital donde hay una mesilla presidida por la estampa que guardaste de la última salida. Yo guardo la que tú me diste, nazareno.

Las guardo todas porque son tesoros que fortalecen mi alma cuando está necesitada. Y me alegra imaginar que gracias a mi voz has sido capaz de trasladarte hasta los pies de tu Virgen, que mi narración te ha

ayudado a tocar los respiraderos, a rozar su manto, a oler el azahar... Y sueño que te has emocionado. Y hoy te aseguro que muchas veces tú me has emocionado a mi. ¡Aunque los dos lo disimulemos! Hoy, oyentes de la radio, cofrades de a pie, nazarenos anónimos, gente de bien de Sevilla, entro en vuestras casas como tantas Semanas Santas he tenido el privilegio de hacer. ¡Cuántas veces me he colado en vuestra intimidad, en los días señalados de vuestras vidas! Y lo he hecho sin ni siquiera pedir permiso, porque sabía que estabais allí, porque sabía que me encontraría la puerta abierta. En la radio siempre buscamos el postiguillo del gran portalón de vuestras vidas. En ellas queremos estar, en ellas quiero estar también hoy.

Pero hoy, hoy no es un día cualquiera. Hoy quiero entrar pidiendo la venia de mi ciudad, de todos vosotros, con la voz

temblorosa y firme a la vez. Soy una de vosotros. Estoy contigo en las bullas, gozo de la espera junto a ti, vivo la Semana Santa a tu vera, lloro cuando lloras los días de lluvia. Un nervio recorre mi alma cuando la cera es verde y las manos de los nazarenos tienen la piel cuarteada, benditas arrugas que anuncian la llegada de la Esperanza. Pido la venia en el palquillo de vuestras vidas para quedarme el tiempo de una mecida, el tiempo que se tarda en rezar un Ave María, el tiempo que tú me permitas. Vengo a contarte lo que ya sabes, pero estás deseando que te lo cuenten.

Dame la venia, sevillano. Juntos nos haremos un hueco, buscaremos el umbral de esa casa para retransmitir cómo es el rostro de Dios en Sevilla. Hoy mi voz será la tuya, la tuya será la mía, juntos veremos llegar, hermosa, radiante y espléndida, la más preciosa cofradía, esa Semana Santa que es la película de tu vida.

Dame la venia, sevillano, que traigo la mejor noticia. Siete días quedan, sólo siete amaneceres, sólo siete despertares, siete mañanas, siete tardes, siete noches de gozo e impaciencia infinita.

Dame la venia, sevillano, que ya viene la CRUZ DE GUÍA, que viene la Semana Santa, que están aquí LOS MEJORES DÍAS.

Dame la venia, sevillano, para contarte cómo se abren las puertas de las iglesias, de las casas de hermandad, de la Santa Catedral, DE TODAS LAS SACRISTÍAS, de los compases de los conventos, de los hogares repletos de túnicas y costales, de cuartos donde limpian PRECIOSAS CANDELERÍAS.

Dame la venia, sevillano, para llevar mi palabra donde estés, en los hospitales, en las residencias, en el claustro donde se reza **DETRÁS DE UNA CELOSÍA.**

Y también en tu soledad o donde cumplen penas los privados de libertad.

Y al otro lado del mundo, para que en la lejanía sientan muy cerca la bulla, el silencio, **LA ALEGRÍA.**

Dame la venia, sevillano, que está todo preparado: incensarios, estandartes, **FAROLES DE ORFEBRERÍA, guardabrisas, cirios, palmas, **LAS MÁS BELLAS MELODÍAS.****

Dame la venia, sevillano. Te narraré cómo avanza cadencioso e imponente el Paso de un veredicto **QUE AL SEÑOR SENTENCIARÍA.**

Dame la venia, sevillano, que mi garganta reclama anunciar que está saliendo La Esperanza CON EL NOMBRE DE MARÍA.

¡Te lo pide mi CORAZÓN DE MUJER, te lo narra mi emoción y te lo cuenta esta pregonera, que, en el amor a Sevilla, aprendió a amar las cofradías!

LA HIJA Y SU MADRE

Quiero contaros cómo empezó todo. Tendría unos diez años. Era un Jueves Santo por la mañana a pocas horas de la salida de la Virgen. Brillaba el sol con un fondo de cielo azul, muy azul. Gentío en la Resolana. Todos iban a verla a Ella. Llegamos en taxi. El conductor sacó del maletero una silla de ruedas donde se sentó mi madre. Desde muy pequeña siempre la había recordado con dificultades para andar. Ella no era como las otras madres. Algo le pasaba. Con el tiempo lo sabría. Padecía una enfermedad de las denominadas raras, de esas que a pocos le importan. Pero allí estábamos: madre e hija dispuestas a ver a la Virgen. Es el primer recuerdo muy nítido que tengo de la Semana Santa. Empujé su silla de ruedas hasta llegar al atrio. Había una larga, larguísima cola. Alguien debió dejarnos

pasar sin guardarla porque, de repente, estábamos delante de Ella. Recuerdo como si fuera hoy, la cara de mi madre. Hay instantes de tu vida que tu mente selecciona y los guardas en la caja de los recuerdos imborrables. Mi madre sonreía y lloraba. Como la Virgen. Y supongo que rezaba. No se qué le pediría. ¿Curación para algo que no tiene cura? ¿Protección para sus hijos? Solo sé que su mirada estaba clavada en la de la Macarena. Y la Virgen miraba a mi madre. Allí había mucha gente, pero yo tenía el convencimiento de que esa imagen, que esa bendita cara, que esos ojos, solo la miraban a ella. Mi madre era hermana de la Macarena como buena vecina suya que fue.

De mocita vivió en la calle Feria, así que ambas se conocían y trataban desde hacía tiempo. Se notaba que tenían confianza, se habían contado sus cosas en más de una ocasión. Para mí, aquel encuentro

representa hoy la fuerza de la fe, la misma que cada Jueves Santo me sigue llevando hasta allí. La fe de tener la certeza de que allí está la Madre de Dios y de que con Ella está mi madre. Yo solo empujaba el carrito, pero, sin darme cuenta, la mujer que me dio la vida estaba sembrando en mi la semilla del amor a Dios y a su bendita Madre, un amor que yo todavía no alcanzaba a entender en toda su dimensión. Estaba sembrando en mí la devoción a una imagen que era mucho más que una cara. Era su asidero, su consuelo, su refugio, su Esperanza.

Y yo hoy aquí, ante ustedes, los que están en este teatro y los que me oyen y ven gracias al trabajo de mis compañeros, solo puedo pedirle a Dios ser la rama bendita de tan dichoso tronco, ser para mis hijos lo que aquella mujer supuso para mí. Y esperar el milagro de la Resurrección. Si Lázaro se levantó al ser invocado por Dios,

todos nos levantaremos un día de este Valle de Lágrimas, como se levantaba mi madre para ir a verla a su basílica, luchando contra las dificultades, desafiando y venciendo sus limitaciones. Sólo quería dejar para siempre sus ojos clavados en los de Ella, como en Ella se clavan hoy los míos en su recuerdo.

Y como espero que mañana queden clavados los de mis hijos en mi nombre.

En la cara de la Macarena están las miradas de mi madre. Por eso hoy sigue viviendo en Ella.

LA FUERZA DEL POLÍGONO SUR

Ese fue el comienzo. Luego mi oficio me ha traído hasta aquí. Soy una periodista de radio. Reportera de calle. Quisiera compartir con vosotros los lugares donde me he encontrado a Dios.

Me gustaría llevaros a un sitio donde los mantos no se bordan en seda y oro, donde no hay bullicio delante de un paso. Donde es más importante tener un plato de comida en la mesa cada día que... bueno, quizás sea lo único importante. Aquí, en el Polígono Sur, no se toman decisiones sesudas de cabildo, no hay discusiones por llegar a ser hermano mayor, no hay niños vestidos de Domingo de Ramos, ni túnicas colgadas de un armario. Aquí hay un paso que sale cada Viernes de Dolores desde el año 2010 y que arrastra tras de sí a cientos

de devotos del barrio. Como una romería. Un paso hecho por los hombres y mujeres del Polígono Sur. Aquí hay una agrupación parroquial: *Bendición y Esperanza*. En esos metros cuadrados que rodean la parroquia de Jesús Obrero se hace Iglesia. Con mayúsculas. Aquí, muy cerca del lugar donde dentro de siete días se concentrarán todas nuestras emociones, hay hombres y mujeres que luchan día a día por salir adelante.

Fui a hacerles un reportaje hace muchos años. Ni veinte minutos en coche nos separaban. Tan poca distancia y qué realidades tan distintas. Edificios en muy malas condiciones, calles oscuras y solitarias. Y en medio del desierto, siempre la Esperanza. La mano tendida, el “te ayudo”, el “qué necesitas”, el “aquí estoy”, el “no te preocupes”. Mi propósito era conocer el proyecto Fratérnitas y su primera acción social, algo que parecía

imposible: organizar una banda de cornetas y tambores en el Polígono Sur.

Crucé la verja que rodea el gran patio que tiene la iglesia. Dentro había un grupo de chavales jugando al fútbol. Junto a la parroquia estaban ya los pilares de lo que luego se convertiría en la Fundación Proyecto Don Bosco. Diez mil metros cuadrados donde se percibían la esperanza, la fe y la confianza en que todo es posible.

En la parte trasera de la parroquia me los encontré. Eran pocos, unos 10 o 12 chicos y chicas. ¿Sería posible que de allí saliera una banda de música? Lo de tocar en Sevilla (qué gracia, hablamos de Sevilla como si estuviéramos a 200 kilómetros), lo de tocar en Sevilla era ya cosa de locos. Pues lo hicieron, ya creo que lo hicieron. Ahora van abriendo paso a la cruz de guía en algunas hermandades. ¿Ustedes saben lo que es eso? Pues sepan que están ahí y

que forman parte de nuestra Semana Santa, que también es la suya. A ellos, con mucho orgullo, quiero darles su sitio en este pregón. Sí, ya sé que hay tantas cosas importantes que decir, que contar. Lo sé. Pero verán, no quiero olvidarme de ellos porque ellos significan mucho. Significan el amor desinteresado, la caridad, el no dar la espalda al prójimo, el ayudar a los demás, la ilusión de unos chiquillos que luchan por salir de su dura realidad. La fuerza de voluntad de unos niños y niñas que no lo tienen nada fácil. Nada. Cuando ya me iba me paré a hablar con una de las madres que esperaban a que su niño terminara de jugar al fútbol. Me confesó: “Aquí nos tratan muy bien, no sabe “usté” señora lo bien que estamos aquí. Porque no tenemos otro sitio donde llevar a nuestros chiquillos. Y ellos aquí pueden jugar tranquilos. Mire “usté”, el otro día hasta nos llevaron de excursión a la playa. Tó el

día. Llegamos y nos bañamos, terminamos de bañarnos y nos dieron el aperitivo y después a “comé” y otra vez a la playa y a “merendá”. Y otra vez a bañarnos... ¡Ni un marqués vivió ese día mejor que nosotros! La pena es que se terminó”.

Cuando esta Semana Santa los vean delante de una cruz de guía, no olviden lo que acabo de contarles y, por favor, sonríanles. Y aplaudan. Todo lo que puedan. Son chavales a la búsqueda de un mundo mejor. ELLOS son mejores gracias a las cofradías, ELLOS hacen más grande la Semana Santa. ELLOS han aprovechado los talentos que Dios les ha dado en un mundo de especiales adversidades. ELLOS son de los nuestros. Son fuente de nuestro orgullo, ELLOS son Iglesia viva de Sevilla, son costaleros del paso más pesado, el del día a día lastrado por una suerte esquiva. ELLOS forman la Agrupación musical Santa María de la Esperanza... ¡A Dios por la

música! ¡Al corazón de Sevilla por los barrios! ¡No les deis la espalda! ¡Son jóvenes, nuestros jóvenes, y vienen del Polígono Sur!

TRIANA

Tenía 70 años cuando vio cumplido su sueño: salir por primera vez de nazarena con su Virgen, La Esperanza de Triana. Su vecina de toda la vida. La que la vio nacer, crecer, casarse, la Virgen a la que siempre encomendó a sus hijos. Deseaba con toda el alma acompañarla en la Madrugada del Viernes Santo desde que, de pequeña, veía cómo su madre lo hacía a hurtadillas. Con la mirada inocente la veía ponerse la túnica de terciopelo verde, su capa y su antifaz. La madre, inquieta, cruzaba la puerta de su casa, en pleno Altozano, camino de la Iglesia. La vista al frente y el

paso ligero y seguro. Que nadie pudiera sospechar. Pero una Madrugada fue descubierta. “¿Eres mujer?”, le preguntaron al llegar al templo. Ella no contestó. Insistieron. “¡Enséñame tus manos!”. Las mostró. Eran pequeñas... Sus pies también lo eran. ¡Súbete el antifaz!

La pequeña Carmen Medina Rodríguez, la Maja, nunca olvidaría la imagen de su madre volviendo a casa con la túnica reliada bajo el brazo. Esa niña, que hoy tiene 85 años y que está aquí sentada en el patio de butacas, no podía entender qué fuerza humana o divina podía impedir que la mujer que le dio la vida acompañara a la Virgen de sus devociones, la que navega por la mar salada de sus lágrimas. Como las que yo derramé una fría noche de diciembre cuando pude contemplarla en la soledad de un cuarto que se convirtió en el mismísimo cielo. La Esperanza de Triana es todo para esa niña que esperó tantos años

para ver cumplido el deseo que su madre no pudo cumplir, hasta que Fray Carlos Amigo cambió unas normas diocesanas que impulsaron la igualdad y permitieron a las mujeres salir de nazarenas. No fue un camino fácil para Carmen. Pero llegó ese día tan esperado. La niña que vio cómo a su madre le impedían salir de nazarena vería por fin cumplido su sueño.

Cuando se vio con una vara en la antepresidencia de la Virgen, sí, sí, nada menos que en la antepresidencia, que se había ganado un respeto, fue la mujer más feliz del mundo. Carmen representa la esencia de todo un barrio. Es de verdad, sin adornos, a cara descubierta las 24 horas del día. Ella es Triana pura, alfarera de la vida cotidiana, heredera de esas mujeres de toda la vida del arrabal, sencillas, guardianas de su casa y del espíritu de la versión más desnuda y auténtica del barrio. Carmen hizo el recorrido completo aquella

Madrugada. ¡Y cómo disfrutó! Ella quería acompañar a la Virgen. Y la Virgen cuidó de ella toda la noche. Como cuida ahora de su hijo en el Altozano del cielo, desde que la pasada cuaresma nos dejó de forma repentina. Por eso el año pasado, Carmen, mi Carmen, nuestra Carmen, no tuvo fuerzas ni siquiera para asomarse al balcón y mirar cara a cara a su Virgen. Fue un golpe terrible. Pero este año, Carmen, este año te pido que acudas a su llamada. Tu hijo, Carmen, ha montado una petalada en el cielo para la Esperanza, para que tú te sientas orgullosa del amor que le enseñaste a profesar a la Reina de la calle Pureza, para que seas fuerte en la fe. Los sevillanos somos fuertes en la fe, Carmen, que nos lo dijo un Papa hace 25 años desde un balcón de la Giralda. Los sevillanos somos gente de Esperanza. Tú eres una mujer fuerte, trianera de vanguardia. Te pido que salgas este año a tu balcón, que

mires la cara donde están depositadas las oraciones de tu hijo, lances la petalada íntima de tus rezos, tus 'Ave Marías' de amor, sientas por un instante que nuestros muertos viven, nos ayudan, interceden por nosotros y dan sentido a nuestros días. Fuiste valiente en la singladura de tu vida abriéndote camino con la proa de la fe. A tus 70 años te atreviste a salir de nazarena con valentía y arrojo, abriste camino al andar con tu antifaz de terciopelo verde y, ahora Carmen, quién nos lo iba a decir, tienes que levantarte y seguir. ¡Levántate, Carmen, levántate! ¡Eres fuerte en la Fe, lo dijo en Sevilla un Papa, y la Virgen de tu niño, la Esperanza de Triana, está llegando a tu casa!

“¡DAME CABLE, MANOLO!”

Me estrené en la radio hace muchos años. Muchos. No existían ni Canal Sur, ni Internet, ni el Metrocentro, ni los apartamentos turísticos... Fue en 1986 cuando entré a trabajar en Antena Médica, que, como su nombre indica, estaba, naturalmente, en el Colegio de Médicos. Más que entrar a trabajar puedo afirmar que entré a vivir. Me faltó empadronarme en aquella redacción. Primer trabajo: retransmitir la Semana Santa. Ea!, pues vamos allá. Quién dijo miedo. Esos primeros años, esas primeras experiencias estuvieron y estarán siempre vinculadas a la Hermandad del Beso de Judas. Una inexperta, joven y temerosa periodista llegaba cada Lunes Santo a la Iglesia de Santiago, situada en la entonces plaza de López Pintado, donde solo podía entrar una mujer, Angelita Yruela. Y a partir de

entonces yo tuve el privilegio de mezclarme entre aquellos escasos nazarenos sobre los que emergía la figura de un gran sacerdote como fue don Eugenio Hernández Bastos. Y así, año tras año. Hasta hoy. ¡Que ya son más de 30! He visto crecer a niños que se convirtieron en hombres. Niños que me hablaban de tú y que luego me empezaron a tratar de usted (¡Eso es lo peor!). He visto crecer a la hermandad y he visto aumentar la devoción hacia Jesús de la Redención, el de la mirada limpia, el Dios bueno del Lunes Santo, el de las manos abiertas, el que siempre perdona, el que está junto a su madre, la Virgen que cala nuestros corazones con el Rocío del Cielo. He llevado a mis niños conmigo mientras contaba la salida del paso de misterio, entonces con respiraderos sobrios, con cartelas de plata y sin maniguetas. Lo recuerdo como si fuera hoy...y me

emociono ante ustedes. El tiempo pasa rápido, veloz como una cofradía de ruan. Nuestros hijos han dejado de ser niños, hemos perdido la batalla al tratar de mandar arriar los cuatro zancos al suelo el paso del tiempo. Nunca se arria el paso del tiempo, siempre avanza de frente. A paso de mudá.

El que hoy es marido pidió mi mano un Lunes Santo, dentro de la iglesia, a un costalero sudoroso que acababa de salir de las trabajaderas del paso de misterio. Este costalero se encontró, casi se tropezó, con el maestro Marvizón. El costalero era mi hermano José Ángel, el mayor. Y les aseguro que en ese momento estaba para cualquier cosa menos para que le pidieran mi mano. “Mira, es que quiero casarme con tu hermana”, le dijo Manolo sin dudarlo. Yo detrás le hacía señales a mi hermano, haciéndole entender que ni caso. La respuesta de José Ángel no fue

precisamente un derroche de emoción:
“Pues vale. Como tú veas”. Y se fue con el
costal bajo el brazo. Pero no fue suficiente.
Manolo tuvo que trabajar y mucho esa
Semana Santa para conquistar mi corazón.
El Sábado Santo, harto de acompañarme,
de caminar, cansado de toda una intensa y
dura Semana Santa yendo de iglesia en
iglesia, casi lo confundieron con el técnico
de Canal Sur. ¡Así, tal cual! Tan afanado
estaba el hombre en la conquista que se
puso a tirar cable para el micrófono. Les
pongo en situación. Era la salida de Los
Servitas. Yo pido con insistencia y nervios
más cable, más cable. No sé, habría visto
alguna entrevista de esas imposibles, pero
que tienen que ser posibles, y necesitaba
desplazarme rápido. ¡Más cable Manolo,
dame más cable, hijo! Y hago un gesto de
los míos, uno de mis aspavientos,
reconozco que trufado de mi condición de
malaje, pidiéndole una y otra vez más

cable. En ese momento veo que una señora se le acerca y le dice: “Oiga ¿usted no es el maestro Marvizón, el de las marchas? Y mi hoy marido, sin mirar siquiera a la pobre señora, no pudo más que contestar: “Sí señora, perdone que no le atienda ¿pero no me ve usted? Hoy me toca tirar cable”. La señora se fue con cara de circunstancias mientras el “maestro” seguía a lo que tenía que estar: a tirar cable. Hay que reconocer que su esfuerzo tuvo recompensa. Pasaron los años. La Redención, donde pidió mi mano, creció como hermandad y como cofradía en una evolución única. Nuevo paso para el Señor, nuevas insignias, olivo de plata, agrupación musical, Rocío del Cielo, manto bordado, petaladas. Y Manolo y yo también crecimos juntos, como matrimonio, con los frutos de nuestros dos hijos: Manuel y Sofía.

La Semana Santa es el libro de nuestra vida con un capítulo importante en lugares

como la Iglesia de Santiago. Seguro que usted tiene el suyo. Y usted. Y también tú, que eres más joven y ya estás sentado en el patio de butacas. La Semana Santa marca nuestra existencia. Contamos la vida por Semanas Santas, nos olvidamos de otras preocupaciones cuando es Semana Santa. Prescindimos del telediario, pasamos del fútbol y obviamos cualquier cuestión doméstica que no tenga que ver con la Semana Santa cuando Semana Santa es. ¡Y qué me dicen de lo que cuesta encontrar un fontanero en Semana Santa! Pedimos matrimonio en Semana Santa, lloramos en Semana Santa, besamos, y mucho, en Semana Santa, rezamos, reñimos, enseñamos a nuestros hijos en Semana Santa. Vivimos por y para la Semana Santa... Y algún día, seguiremos viviendo en el rostro de una Virgen cuando sea Semana Santa y ya no estemos en este mundo. Alguien rezará por nosotros

mirando a la cara de La que tantas veces miramos. Pondrá sus ojos donde nosotros los pusimos. Entonará una Salve como la nuestra. Enseñará lo que nosotros enseñamos. Se emocionará como nosotros nos emocionamos, agarrará una mano pequeña igual que hicimos nosotros, protegerá con sus manos los hombros de alguien en el remolino que se forma tras el último paso, como hicimos nosotros o como con nosotros hicieron. Y sentirá que por un instante seguimos vivos. ¡Los nuestros, los que un día se marcharon de este mundo, siempre vuelven a nuestro lado en Semana Santa! ¡Tira cable Manolo, mucho más, por Dios, que tengo pendientes las entrevistas de mi vida! ¡Mira aquel balcón allí en lo alto del cielo! Están mis padres, mi hermano Javier. ¡Está tu padre, Manolo! ¡Y tía Lola! Esperanza, está tu hermano. Y tu madre, Charo y la tuya Araceli. Y tu padre Amalia. Rafael también

está tu hijo Jesús. ¡Lo contento que se habrá puesto al escuchar “Madre Hiniesta”! Magdalena, está Rafa, se nos fue hace sólo 40 días y nos sigue doliendo su ausencia. Pero hoy... hoy más que nunca está aquí con nosotros, en este lugar donde nos hizo tan felices, ¡donde él fue inmesamente feliz!

¡Están todos! Está mi abuelo Manuel con su sombrero de la marca familiar. No había una sombrerería con más solera que la tuya, abuelo. “Sombrerería Padilla Crespo”. “Artículo español, jornal para los nuestros”. Así rezaba el cartel de la pequeña tienda de la Campana. ¡Tú sí que tienes una entrevista abuelo, la que nunca te pude hacer! ¡Mira, allí está mi otro abuelo! Ángel Hoyuela. ¡Ay, abuelo! Ahora te preguntaría tantas cosas...

Te preguntaría cómo eran Alberto Balbontín y Antonio Delgado Roig. Sé que formasteis un equipo de primera en el estudio de Arquitectura. Eras hermano de Pasión, por

eso estás enterrado en el panteón de la Sacramental. Cuántas entrevistas he hecho, pero hoy me doy cuenta de que he dejado en el tintero las mejores... Pero no os preocupéis porque en siete días ellos estarán con nosotros, ¡que los estoy viendo ya! ¡Bienaventurados los que gozan de la presencia de Dios, tuvieron fe y la transmitieron a hijos y nietos, porque en solo una semana volveremos a sentir que siguen con nosotros! Este es el milagro de la Semana Santa, aquí radica su gran verdad, su fuerza y su autenticidad. Rezamos al mismo Dios que nuestros padres, que nuestros abuelos y que los abuelos de nuestros abuelos.

**¡Sevillano que has creído
eres bienaventurado.**

**Estás con Dios en el cielo,
después de haberlo tenido
toda la vida a tu lado!**

EL CAJÓN DE MIS ESTAMPAS

Mi hija viajó el año pasado a estudiar lejos de la ciudad. Antes de cerrar la maleta, su padre le puso una estampa del Gran Poder entre la ropa. Era una manera de decirle que no estaba sola, que nunca iba a estar sola. Que el Señor la protegería y la cuidaría.

Mi hijo lleva una del Señor de las Tres Caídas de la Esperanza de Triana. ¡Algunas veces le he visto besándola y dedicándole piropos! Lo curioso es que mi hijo es hermano de la Macarena. Está claro que al final uno es de donde le lleva el corazón.

Las estampas son nuestros altares domésticos para rezar a deshoras, nuestros retablos particulares para peticiones urgentes. ¿Quién no lleva consigo una estampa con la imagen de un Cristo o de una Virgen? Las buscas para

rezar, o te la encuentras por casualidad y le dedicas una plegaria. A veces creo que mi estampa me busca a mi. Seguro que ustedes llevan su estampa en la cartera, en el bolso, en el coche. O la tienen presente en su mesa de trabajo.

Yo tengo una caja llena de estampas. Me las diste tú. Y tú... Y usted... Sí, ya sé que a ti nunca se te olvida. Lo sé. Te encuentro cada año. Estás en tu tramo y alargas la mano para dármele incluso antes de llegar a mi altura. Casi nunca hablas. No hace falta. Los ojos lo dicen todo. Aprietas mi mano cuando me la das. Siento tus “gracias” cuando la recojo, aunque no me hables.

Mi caja de estampas es mi mayor tesoro. Porque en ella estáis cada uno de vosotros...

Está la estampa de la Virgen de la Candelaria, mi vecina durante tantos años.

La primera a la que acudí cuando llegué al barrio, a la que tanto rezaron mis hijos cuando eran pequeños.

La del Cristo de las Misericordias de Santa Cruz. La miro y recuerdo cada Martes Santo en la puerta de la parroquia, cuando la tarde va cayendo y los vencejos que revolotean entre los pináculos de la Catedral se acercan a escoltar al crucificado de la mirada piadosa.

Y está el Cachorro de Triana. Tantos años junto a ti en la salida del Viernes Santo.

¿Cómo contar el sufrimiento de un hombre clavado en la cruz? ¿Cómo se retransmite el último hálito de una existencia? Cuando el Cachorro sale a la calle y tengo que hacer posible que tú lo vivas como si estuvieras allí, pienso... No, no pienso. Siento.

Sólo desde el sentimiento, desde la verdad más certera de que ese hombre clavado en

la Cruz es la exacta representación de Dios, se puede narrar lo que los ojos ven.

Hay quien tiene dudas. O no cree. Hay quien se acerca a ti, Señor, por mera curiosidad, o porque un día alguien lo llevó hasta tu casa. O porque se cruzó contigo en el Puente de Triana una noche de Viernes Santo y recibió tu estampa.

A los que dudan, a los que no creen en ti, Señor, les digo que, al menos, guarden la estampa, porque en cada una de ellas va el amor de quien la da. Quién sabe si esa imagen de tu cara, Señor, puede ser un asidero repentino para quien no cree en ti y necesita ayuda, para alguien que esté perdido, para alguien angustiado por la soledad. Tal vez en esa estampa reciba consuelo en el dolor, luz en la tiniebla, certeza en la duda, compañía en la soledad, afecto ante la indiferencia, protección ante el rechazo o apoyo ante la incomprensión.

No tengo duda al mirarte, Señor

**Me basta tu estampa arrugada y cuarteada,
con la color perdida, con las esquinas
gastadas.**

Me basta la foto de tu cara.

**Me bastan tus ojos de día, de tarde o de
madrugada,**

**me basta orar a la imagen que tus
nazarenos me regalan.**

**Quien ha visto a un hijo tuyo expirar
ha visto, Señor, tu cara.**

**Quien ha visto la muerte de cerca
ha visto, Señor, tu cara.**

**Quien ha asistido al ocaso de una vida
ha visto, Señor, tu cara.**

Quien ha visto a un cristiano morir,

ha visto, Señor, tu cara.

**Y una vez que se han marchado a tu Casa,
Señor,**

**una vez que se han dulcificado sus caras y
la paz ha inundado sus almas,**

**te he visto Señor, he visto a Dios resucitado
y en sus rostros reconozco...**

¡Ay, cuántas veces lo he visto!

¡Al Cachorro de las estampas!

EL CERRO DEL ÁGUILA

Mi partida de bautismo dice que nací en la calle Sierpes y que recibí las aguas bautismales en la pila del Divino Salvador. Un día me dijeron con guasa que era más del centro que la estatua de Martínez Montañés. Pero una no es de donde nace, sino de donde le hacen sentir como en casa. Y ella me hizo sentir así desde el primer instante en que la conocí. Hay gente que te cautiva desde el momento en el que cruzas la primera palabra. Por su humildad, por su barniz de gracia, ¡toda la del mundo!, por su verdad, por su entrega sin límite.... Ella era así. Angustias era para achucharla, para quererla. Ella era del Cerro del Águila, el barrio donde está parte de mi corazón. El Cerro se quedó con él para siempre. El barrio me lo hurtó como se hurtan las cosas del querer: despacito, sin ruidos, sin testigos, en silencio, como se

saca un paso del almacén una noche de cuaresma en la intimidad de los hermanos, esas mudás de ensueño donde, nunca mejor dicho, se hace familia al andar. “Poco a poco, corta el tráfico ahí un segundo que vamos a cruzar, venga de frente...”

Angustias. Te fuiste hace tiempo y te echo de menos cuando regreso a nuestra cita cada Martes Santo. Pues fíjate donde estoy, Angustias. No sabes la de gente que está escuchando esto. Aquí estoy pregonando que tu Virgen de los Dolores, nuestra Virgen, es muy grande en la ciudad, dicho con el lenguaje sencillo de la buena gente del Cerro como tú. No hacen falta más adjetivos donde todo es corazón y verdad. Tú me enseñaste a querer a tu barrio. En realidad, me enseñaste mucho más. Me abriste la puerta de tu casa, de tu hogar. En muchos hogares hoy, a esta hora, están reunidos alrededor de túnicas, capirotos y capas, abuelos, primos, hermanos,

padres... Hay fotos, ausencias, savia nueva, lágrimas. Mi amigo Valentín diría que son lágrimas grandes y dulces. Por cierto, Valentín, como tú siempre dices: “Yo me curo”. Angustias, hoy vuelvo a ti al recordar nuestras primeras charlas en tu cocina. Me enseñabas recetas de cuaresma. Y allí estaba Dios. ¡Claro que estaba! ¿No decía Santa Teresa que Dios está entre lo pucheros? Dios estaba en tus platos, yo lo vi y lo sigo viendo, porque si Dios es amor, tú eras su mejor prueba. Porque mientras me explicabas cómo se hacía el bacalao con tomate, tú me hablabas del barrio y de tu Virgen. De tu Virgen y del barrio. Qué más da. Es todo uno. ¡Y cómo lo hacías! Te escuchaba atentamente y pensaba: cuántas maneras hay de estar cerca de Dios, de rezarle. Tu forma de ser sencilla era una de ellas. Angustias, te fuiste una mañana de invierno de hace tantos años, pero me dejaste el

mayor tesoro: me enseñaste a querer a la Virgen de los Dolores. Me enseñaste a llevar el Cerro en mi corazón y, por lo tanto, a querer más y mejor la Semana Santa. Contar todo lo que sucede esa mañana en el barrio es uno de los mejores regalos que me ha dado la profesión. Da igual cómo amanezca el día porque el barrio brilla por sí mismo. Sus balcones lucen hermosos, los vecinos sacan lo mejor como ofrendas sencillas de amor, que el amor siempre está en lo sencillo. Yo avanzo siempre por la avenida, la misma que luego recorrerá la cofradía, con la prisa habitual del oficio. En el atrio aguardan los de siempre. Mi compañero José Manuel de la Linde (sin él no sería lo mismo) y los incondicionales Elena Carazo y Javier Márquez de la Cadena Ser.

Pregúntenles a ellos si exagero cuando hablo del Cerro. ¡Ah! Y en nuestros

corazones siempre está Pepón, de Radio Nacional.

¡Se abren las puertas de la Parroquia y sale la cruz de guía! La gente aplaude y todo es emoción. ¿Saben por qué cruzo la verja del atrio y hablo con las vecinas del Cerro? Porque ellas, mejor que nadie, saben describir lo que yo no acierto a contar. No hace falta ser poeta. Ellas lo son. No hacen falta adjetivos selectos para piroppear las imágenes de sus devociones, ellas te regalan borbotones de verdad con sus expresiones únicas, las de todo un barrio que no se entiende sin su cofradía y una cofradía que no existiría si no tuviera detrás a todo un barrio. Salen los primeros nazarenos. Los tramos dobles. El de los menores con sus padres, que llevan los bocadillos, el agua y lo que haga falta, porque de esos bolsos sale lo que usted ni se imagina.

Y sale Ella. ¡La Virgen de los Dolores! ¡La reina del Cerro! Suena “Coronación”, su marcha. Y llueven pétalos de claveles. Y todo se desborda. Lágrimas y pétalos. Y más pétalos y más lágrimas. Y ellas, sus vecinas, le hablan: “Hija, ya estás en la calle, qué alegría me da verte”. “Qué bonita te han puesto, *miarma*”. “No se puede ser más guapa”. Y aplauden. Aplauden sin parar. ¿A ustedes no les gustan los aplausos? Pues la gente del Cerro aplaude. Mucho. Lo hacen por amor. Y ríen y lloran a la vez. Y sueltan las palomas. Una por cada año de salida y una no sabe cómo contar lo que está viviendo. Donde mire hay un gesto, una lágrima. Afán de Rivera la espera poblada por toda su gente. Ya nunca irá sola. La veo alejarse, guapa y majestuosa. Y solo puedo dar las gracias.

¡Escuchad a las vecinas del Cerro!

Dios oye siempre a los niños, porque en ellos está la verdad, como yo estoy segura

de que atiende las plegarias de estas mujeres humildes que a las puertas de sus casas montan el mejor palco y la mejor tribuna cada Martes Santo con los asientos de sus salitas de estar. Gracias a ellas, en el Cerro aprendí a amar lo que creía que ya no se podía amar más. En el Cerro aprendí a querer aquello que pensé que ya no podría generar más mi afecto. Cuando la Semana Santa parecía completa, cuando parecía una rosa que no convenía tocarla más, apareció la cofradía del Cerro del Águila, con las mujeres de su barrio al frente, para hacer mi Semana Santa más sublime, más verdadera, más rica, más honda en lo espiritual y más auténtica.

Señor yo creo, pero aumenta mi Fe.

Y Dios, en su infinita misericordia, hace crecer mi fe cada Martes Santo en el Cerro del Águila, me hace sentir una vecina del Cerro, el mayor título al que puede aspirar esta pregonera. Porque hoy os digo que en

el cielo sólo tienen sitio reservado los santos, los ángeles, las almas de los inocentes... y las buenas vecinas del Cerro del Águila.

LA FAMILIA

La Hermandad de la Hiniesta representa para mí una institución fundamental: la familia. Es la imagen de mi hijo con cinco meses vistiendo por primera vez la túnica de nazareno con su babero de raso azul, *Azul Hiniesta* naturalmente. Es una mañana de nervios en la casa de la calle Arcos. Es un sofá con una hilera de guantes blancos, de capas y túnicas, de cíngulos y de zapatillas negras. Es la abuela Coca viendo a todos sus hijos y nietos marchar desde su casa unidos al vestir la misma túnica. La

Hiniesta son esos primeros años de mis hijos como nazarenos, cuando estaban aprendiendo a amar, respetar y querer nuestra Semana Santa. Esos primeros años en los que apenas recorrían unos metros, si acaso las primeras calles del barrio. Pero yo sabía que estaba sembrando la semilla que un día germinaría.

La Hiniesta es la familia Marvizón. Es JÓse, Bruno y Manolo con sus varas delante de la Virgen. Es la foto que se repite cada Domingo de Ramos ante el palio... Ramón, Julián, Alfredo, José Manuel. Reencuentros de cada año con los viejos amigos. Es la música que retumba dentro de la iglesia, banda sonora de nuestras vidas que agita nuestras emociones cuando el Cristo de la Buena Muerte, como buen hijo, se acerca a su Madre antes de salir de su casa, como para pedir permiso. Ella alumbrará su camino con amor, llenando las almas, de todos sus nazarenos, de vida y esperanza.

Y yo suspiro y lloro ante Ti, refúgiame bajo tu manto.

La Virgen sale y se escucha la voz de los Ariza mandando callar mientras los varales cruzan la puerta ojival de San Julián.

Y yo trato de contar lo que solo acierta a entender el corazón.

La Hiniesta es una lluviosa mañana del mes de marzo con la Virgen en besamanos y el comienzo de una vida en común. Es escuchar *Azul y Plata* junto a la muralla de la Macarena. Es acompañar a la cofradía en su recorrido mientras los hijos son aún pequeños. Y reponer sus cestas para que no les falten caramelos. Y llevarles agua y ver cómo cada año llegamos un poco más lejos hasta que llega el día en que te dicen “Mamá, este año quiero hacer el recorrido entero”. Entonces se produce un silencio breve y hondo. El nazareno reclama ya su

intimidad. Llega el día en que ya no va de tu mano, pero siempre os une la fe.

En una sociedad asolada por una evidente crisis de valores, debemos estar orgullosos de que en Sevilla haya hogares, miles de hogares, donde se enseña cada día a ser cofrade. De abuelos a nietos. Y de padres a hijos. Una escuela sin subvenciones, que funciona sólo por amor. Donde se habla de Dios. Donde se enseña a rezar. Rezar por los tuyos, por los amigos, por un mundo mejor. Rezar por otro y que recen por ti, la mayor muestra de amor que una pueda recibir. Hoy muchos habrán rezado por mí. Hogares donde se bendice la mesa y se dan gracias a Dios por los alimentos recibidos y por lo que la vida nos regala cada día. El día de salida de la cofradía de la familia es el día de mayor felicidad del año, benditos nervios, desórdenes de cíngulos o espartos, dónde está mi capirote, dónde colocaste la varita, quién

guardó las papeletas, quién lleva a los monaguillos hasta su sitio, ¿alguien ha traído los imperdibles? ¿Comida rápida? Comida rápida es la que se toma en cualquier casa de Sevilla el día que sale la cofradía. Yo vivo ese ajetreo de felicidad cada Domingo de Ramos. Ustedes tendrán también su día. Ese día en el que abrazamos como nunca, besamos como nunca, lloramos como nunca. Es la fuerza de la familia.

Cada Domingo de Ramos vivido en familia, como los que vosotros vivís en los días señalados de vuestra Semana Santa, es la mayor prueba de que ser buenos cofrades es la forma más hermosa de ser católicos en Sevilla.

Como madre la he vivido incluso cuando dentro de mí estaba naciendo una vida. Ya antes de que mis hijos nacieran, los he llevado de cofradía en cofradía en días de retransmisiones interminables, apostada a

la puerta de una iglesia, incluso a pocas semanas de dar a luz. Ellos, acomodados dentro de mí, han sentido el bullicio de la calle, la lluvia, las carreras por llegar a tiempo, la emoción cuando su madre se emocionaba. Han escuchado el sonido rotundo de un llamador junto a sus oídos. He notado su sobresalto cuando un platillo anunciaba el inicio de una marcha. Se han quedado quietos ante el cante de una saeta. Han reconocido al Cristo de las Misericordias aún sin verlo en la marcha que le compuso su padre, la música que tantas veces les acunó.

**Mi vientre fue la primera de sus túnicas en
aquella cofradía**

**Tocándolo con mis manos para sentir lo
que ellos sentían**

**Soñando con ver sus caras en un Domingo
de Ramos,**

**llevándolos en mis brazos, recorriendo
tramo a tramo**

**Imaginando sus ojos, abiertos,
embelesados**

**Protegerlos en la bulla y ellos a mí
agarrados.....**

Qué privilegio llevarlos,

**qué privilegio notar que por dentro se han
movido**

**y qué privilegio enseñarles cuando aún no
ha nacido.**

**Una madre es el refugio
La abnegación, el desvelo.
Es siempre la promesa
de la entrega y el consuelo.
Yo digo que da la vida,
que vive lo que tu vives.
Espera, reza, cuida,
sufre, lucha...nunca pide.
Su pasión no se compara.
Su alma es el cobijo
que siente cada herida
en la piel de cada hijo.

Suspira con la ausencia.
Llora... aunque no la veis.
Su arma... la paciencia.**

Valor... el que le deis.

Una madre aquí en Sevilla

**es el camino más corto para entender el
cariño.**

**Es la puntada perfecta en la túnica de un
niño.**

**Es el beso de la sangre en la mano
diminuta.**

**Es la lágrima que brota de la ternura
absoluta.**

**La alegría, la renuncia, el sacrificio, el
dolor.**

**Sus palabras son caricias con la verdad del
amor.**

**Y su oración, la esperanza de que Dios
siempre bendiga**

**cada uno de sus pasos, cada uno de sus
días.**

**¡Esa es la Fe de las madres!,
nada hay que no consiga.**

**Y además de todo esto
dejadme que hoy os diga:**

**Las madres tenemos el inmenso privilegio
de llevar en nuestro vientre a los nazarenos
de Sevilla.**

LAS PISADAS DE DIOS

La Semana Santa es un cúmulo de sensaciones. Es olor. ¡El olor! Y sonidos.

El sonido de una marcha. Para mí, *Coronación del Cerro*, porque arranca todas mis emociones.

Hay sonidos que todos reconocemos:

El de una radio de fondo mientras te arreglas para salir a la calle a ver cofradías.

O el sonido de la saeta del Sacri en la plaza del Cristo de Burgos tras la celosía de una ventana cuando se acerca Madre de Dios de La Palma.

O esa voz dentro de la Catedral que apremia al nazareno que se dirige apresurado al servicio. “¡Vamos, hermano, vamos, que vienen más nazarenos detrás!”.

O el sonido del triple chasquido de la genuflexión de los primitivos nazarenos del silencio ante el Santísimo. Nazarenos que viven como una liturgia cada instante de su Madrugada. Cuando pasa el Silencio pasan los siglos, pasan 700 años, pasa la enciclopedia... de toda la Semana Santa.

O el sonido del órgano de la Iglesia Colegial del Divino Salvador tocando ¡Perdón oh Dios mío! cuando está saliendo Pasión. El Nazareno que empieza a caminar, el Dios de la ternura, de la resignación, del amor al prójimo, el rostro más dulce del perdón.

O el sonido de la alianza de Manolo Santiago al golpear los respiraderos de la Virgen de la Paz llamando a sus legionarios. Siempre lo guardaré en mi memoria.

¿Y para usted? ¿Cuáles son los sonidos de la Semana Santa?

¿Quizás el que le lleva la radio en la entrada de un paso a altas horas de la madrugada cuando el sueño está a punto de vencerle? Sí, justo cuando su marido o su mujer le dice. “¿Todavía estás con los pasos? ¿No te has cansado?” “¡Anda, apaga ya la radio!”

¿O la transmisión imposible de La Mortaja con la voz de Antonio Cattoni casi confesándose, con la respiración contenida, para no romper el silencio de la entrada en el convento de la Paz?

O el sonido de las sillas de Quidiello al cerrarse, el tijeretazo que pone el punto final al día. Como el sonido de la máquina quitacera de Lipasam es mucho más que el punto final de la Semana Santa, es la banda sonora de la melancolía.

Hasta las toses de este pregón forman parte de los sonidos de la Semana Santa.

Pero hay un sonido que te envuelve, te arropa, te abraza. Es el sonido de Dios andando por las calles de Sevilla.

PASOS DEL GAN PODER.....

Reconoces sus pasos. Y te sientes pequeña ante una verdad absoluta. Sabes, tienes claro, que esos pasos son los pasos de Dios. Pasos que arrastran miles de oraciones, pasos que cargan nuestros pecados, nuestras culpas, nuestras flaquezas. Pasos que soportan nuestra mezquindad, nuestro egoísmo, nuestras envidias, nuestras miserias. Pasos que nos guían. Que se convierten, Señor, en refugio cuando estamos perdidos, en consuelo de los que no te pueden ver.

Te rezan los que creen en ti. Y alguna vez hasta los que no creen también. Sólo mirarte es una forma de rezarte. Sólo oírte llegar fortalece mi fe. Te imagino al oír cómo te acercas y ya te estoy viendo. Sé

que tu cara es la cara que me voy a encontrar el día que tenga que abandonar este mundo.

Cuando pasa El Señor, pasa el mismísimo Dios por delante de tu casa, el Dios que aguarda incluso al que no quiere verle, al que niega su existencia, al que le hiere y le ofende.

Algunos te miran, pero no te ven. Yo sé que estás en cada una de las personas que se acercan a San Lorenzo.

Estás en los ojos del que pide limosna en la puerta.

Estás en la abuela que arrastra el carro de la compra y se acerca a rezarte.

Estás en el joven que acaba de entrar con tatuajes y *pircing* en el rostro.

Estás en el caballero enchaquetado que no falta un día a la cita matinal con tu mirada.

Estás en la adolescente que se sienta en la primera fila de los bancos y te cuenta sus problemas con la *tablet* en la mano y la mochila en la espalda.

Estás en el abuelo que acude a tu encuentro cada día como el que acude a su tertulia de recuerdos.

Estás en tu vecino Paco, el médico, que ha crecido jugando en tu plaza y que tiene tu bondad.

Estás en la madre que te reza con lágrimas en los ojos. Llorar también es una forma de orar al Dios que camina en la Madrugá.

Cómo me gusta oírte llegar

Cómo me gusta el eco de tus pisadas

Cómo me gusta saber que vienes

Cómo me gusta sentir tu llegada

Me basta imaginarte cerca

**Me basta con saber que ya llegas
Me basta con tenerte a mi vera...
Me basta intuir que ya vienes,
gozar de tan bendita certeza.
No tengo que ver tu cara
No tengo que mirar tus ojos
Te oigo venir, sé quién eres
Me basta oírte llegar
para saber que eres Tú quien viene.
No quiero ver para creer
¿Un Dios que deja el altar
y se pone a caminar?
¡Ese solo puede ser
mi Señor del Gran Poder!**

UNA GLORIA VERDE Y ORO

“La gente se confiesa alrededor de este paso”, le oí decir al capataz Luis León una Madrugada que tuve el privilegio de caminar junto a Ella toda la noche. Cuanto pasa alrededor de la Esperanza es una demostración de Fe con mayúscula, porque la Esperanza no sólo está en su paso, está en el rostro de todos los que la miran. Esa noche me conmovió el silencio que se hacía cuando Ella pasaba. ¿Sabéis que existe el silencio macareno? Lo percibí en las lágrimas que surcaban las caras de la gente. En la emoción cuando tocaban los respiraderos con la punta de los dedos y se hacían la señal de la cruz.

Se ve a la Esperanza con los ojos, se la mira con el corazón. Y se le reza siempre con el alma. Yo lo vi. Lo vi una madrugada en la que oí la voz de unos ángeles

rezándole; Las Hermanas de la Cruz. Y en la que oí la voz de un capataz que decía: “Yo no le voy a decir a ustedes *ná*. Más no se puede *decí*”. Era la voz de Luis en el convento de Santa Ángela. “Aquí llora el palio, lloran los varales, lloran las trabajaderas y llora *toa* Sevilla que está con ustedes. Y ellas lloran de alegría porque les traéis a la Esperanza. Que no se entere la Virgen ni ellas que nos vamos ya”. Y sonaba el martillo. Y se escuchaban los vencejos. Y como el padre sigiloso que abandona el dormitorio de su hijo tras haberlo acunado, Luis lo hacía todo para que las monjas no se enteraran de que la Macarena se iba de su casa hasta el año próximo.

De la paz del convento a la entrada triunfal en el barrio. “¡Izquierda *alante* un poquito, José María!” “¡Benditos sean ustedes y la madre que os parió, Macarena también!” Esa madrugada asistí al mejor Pregón, el de

aqueel capataz irrepelible. De su boca salía la mejor prosa que jamás había escuchado “¡Sangre verde! ¡Sangre verde de arte! ¡Acordaros de quienes ustedes quieran, de verdad, pedidle! ¡Dadle gracias a la Señora por ser cristianos, por creer en Dios!”

¿Oyen la música?

Ya se acerca, Ya está aquí, en su barrio, en su casa, en su arco. Ahí asoman los varales, un dragón que levanta los corazones. Ahí llega, rodeada por el calor del pueblo que siempre arroja a la Esperanza. Me empujan, resisto. Me empujan, no importa. Me empujan, me deajo llevar. Suena el llamador, se encienden los ánimos. Veo los ojos de los que la miran a Ella. Veo tus ojos, aunque no estés aquí. Veo niños abrazados a sus padres, otros alzados en la verja. Veo manos que quieren rozar tu manto, lo intentan, pero no llegan. Lloran. Miro su cara, veo a mi madre. Miro

las caras de quienes la miran, veo a los sevillanos que se fueron junto a Ella. Me empujan, luego estoy con la Esperanza. Estoy en una gloria verde y oro, en una gloria esmeralda, en una gloria de plumas blancas que nos aguardan. Se levanta el paso, ¡Al cielo! gritan los costaleros. “Déjame que la vea”, me dice una señora. Me aparto, miro a la Esperanza y miro a su devota. “¡Las mariquillas se mueven!” me dice. “Señora, es la Virgen que respira”. Pienso en qué le estará contando, en qué se estarán diciendo. Acabo junto a los respiraderos, plata macarena, mazos de claveles, bordados de Juan Manuel. Miro el palio, latines bordados: “Estrella de la Mañana”, “Esperanza Nuestra”. Miro a los nazarenos que la aguardan, caras fatigadas, antifaces al hombro, pelos revueltos, mar de azules y verdes, merino y cíngulos, hebillas y medallas. Pienso en ti que escuchas y sé que lloras, porque yo lo

hago. Cuento lo que veo, narro lo que no veo, pero sé que está ocurriendo. Oigo hablar con la Virgen, oigo muchas plegarias. Y guardo silencio. “Dios te salve María...” “Qué bonita eres madre mía” “Gracias por dejarme venir a verte un año más”. Huelo a la colonia matinal de una familia con niños chicos, veo también rostros que revelan una noche larga. Me empujan, acabo junto a los candelabros de cola.

Los policías aprietan, “señores por favor, aquí no se puede estar”. No los oigo, no los quiero oír, el “aguaó” no puede moverse. Palio de oro, fervor macareno. Saya de reina, mirada de Madre. ¡Soy tan feliz cerca de Ella! Me empujan, la miro. La vuelvo a mirar, nunca me canso de mirarla. Más me empujan, más la miro. Soy una barquilla en un mar a la deriva. Pienso, medito, reflexiono. ¿Dónde estará mi gente? Nada malo me puede pasar junto a la Esperanza.

La miro otra vez, veo a mi padre. La miro, pido por mis hijos. Tú también estás aquí, delante de Ella, aunque este año no hayas podido venir. Yo te llevo, no te separes de mí. Tengo un nudo en la garganta. Se arría el paso, pido por mi gente. Va a entrar, todo se acabará. Los nazarenos del atrio abrazan el paso como la Plaza de San Pedro abraza a toda la cristiandad. Veo lágrimas, ojos bañados. Sudor, cansancio y felicidad. Estoy allí, pero estoy en más sitios al mismo tiempo, milagro macareno que permite sentir presentes a los ausentes. Me empujan, ruge el dragón de plata, se estiran los cuerpos de los costaleros, ¡cómo está la Resolana, San Luis y las murallas!

La Virgen entra, “vámonos Charo, vámonos para adentro”, me dejo llevar, estoy volando, soñando, viviendo, sintiendo, rezando. La Macarena es el tiempo que nunca pasa, el tiempo que se detiene, el

tiempo que vuelve. ¿Trabajar?

¿Retransmitir la entrada de la Virgen es trabajo? ¡Bendito trabajo que me lleva a la gloria una mañana de Viernes Santo, rodeada de macarenos! Solo encuentro explicación a cuanto siento en aquellos versos de Lope de Vega que hoy me inspiran, que hago míos y que recito en clave macarena.

Desmayarse, atreverse, estar gozosa. Creer que el cielo en un atrio cabe. No hallar fuera de la Basílica reposo.

Dar la vida y el alma a la Esperanza.

¡Esta es la gloria y quien la vivió lo sabe!

LO QUE ESTÁ POR LLEGAR

Es el día y ha llegado el momento. Salid todos a la calle, id al encuentro del Señor. Sin complejos y con alegría. Recorred calles y plazas.

Ha llegado el momento en el que Carlos y María verán al segundo de sus hijos salir de la casa de Abades hacia San Juan de la Palma en busca de la Virgen con la pena más amarga. Un nazareno blanco, de elegante cola recogida en el antebrazo y la cruz de Malta en el antifaz, un nazareno que nos regala una de las estampas más bellas de una tarde de Domingo de Ramos.

¡Cuánto romanticismo hay en un nazareno de la Amargura que camina en soledad por una calle de adoquines...!

Y a ti Julio, volveremos a llamarte ante la incertidumbre de un cielo encapotado. Tu Cristo nos da la razón de ser de nuestra

existencia: Amor para el que sufre, Amor para el que no lo espera, Amor al poner la otra mejilla... siempre el Amor.

Ha llegado el momento, Fran, de recibir a La Estrella en la Campana. Cuéntanos lo que ya sabemos, pero queremos oírtelo de nuevo: esa Virgen que viene envuelta en la devoción y el fervor desde el Santo Ángel, ese rostro de nácar, esa mirada caída como el vuelo de un ángel que a la tierra baja. Hazlo con esa voz que forma parte de la semana más importante de Sevilla.

Es el día, José Antonio. Coge bien la manigueta, ha llegado el momento de ir del Tardón a la Catedral. Siempre a la vera de la Virgen de la Salud. Y no dudes que en Sierpes te esperará tu hijo Ricardo y junto a él, tú lo sabes, estará Dolores.

Y a ti, Carlos, te busco donde hay que buscarte cada Martes Santo, cuando la Candelaria va recogiendo oraciones azul y

plata, cuando las almenas del Alcázar se inclinan para mirar su cara, cuando suena la marcha que se compuso en tu casa. Te busco, Carlos, y siempre te encuentro, Ella sabe de ti como no sabemos ninguno de los que te queremos. Eres el amigo cierto en la hora incierta, eres el gigante de la radio que nos une y, sobre todo, eres el hermano sencillo y bueno de la Candelaria, tu reina del Martes Santo.

Y la Virgen de la Concepción de la Hermandad de la Sed pasará de nuevo bajo el balcón de Tita Consuelo. Aunque ella ya no está con nosotros, volverán a llover sobre su palio, miles y miles de pétalos de flores. Va a ser la petalada más grande, tan grande como el amor que tu repartiste, Consuelo.

Es el día y ha llegado el momento en que Juan Miguel atenderá con amor de padre a su hijo Ignacio, nazareno en San Bernardo, siempre a su lado, siempre, como don

Fernando Carrasco Lancho hacía con nuestro recordado compañero Fernando.

Es el día y ha llegado el momento en que Otto se reencontrará con su infancia al mirar a la Piedad. No hay ojos más azules que te miren con más amor, mi niña bonita del Arenal.

Es el día y ha llegado el momento de ver en la calle a las hermandades que protegen mi familia y mi hogar con la cercanía de los buenos vecinos. En San Andrés me paro a rezar a la dulce imagen del señor de la Caridad, a santiguarme con el agua bendita de Santa Marta y sentir la paz de su tierna mirada, en la calle Orfila me detengo a agradecerle a la Virgen de Regla todo lo bueno que hace por nosotros y en San Martín me arrodillo ante el bendito Cristo de la herida en el costado.

Es el día y ha llegado el momento en que Palomino se emocionará a la caída de la

tarde del Jueves Santo con los ojos verdes de su Virgen del Valle, corona de esmaltes, ramos cónicos, palio de hojilla. Cuando la ciudad entre en sus mejores horas, saldrá a la calle la belleza elegante de la Madre infinita.

Es el día y ha llegado el momento en que un paje llamado Miguel vestirá de nuevo su traje para acompañar a la Virgen de la Concepción. Su abuela Popo lo mirará con emoción y Amalia, su madre, no le perderá de vista en toda la Madrugada.

Y tú, José Luís, la voz que llevó por primera vez nuestra Semana Santa a toda España, recordarás emocionado como acariciabas la maniqueta del paso de la Virgen de la Presentación, encomendando la vida y el alma a tu Cristo del Calvario.

Es el día y ha llegado el momento de honrar la memoria de Manuel Garrido en Pureza, que ya está la Virgen queriendo perder su

pañuelo para que Manolo lo recoja y se lo devuelva con los encajes de sus versos.

Y en los Gitanos, Cayetana seguirá rezando a su Virgen de las Angustias, patrona y protectora de los donantes de órganos, aquellos que dan parte de su ser y viven más allá de la vida.

Es el día, Antonio. Es el día y el momento en que vuelves a ser el niño del Arenal. El que se emociona ante el barco de la Carretería junto a sus hermanas Fina y Pilar, el que mil veces busca las patas del paso con forma de garra, la maroma y los altos candelabros para volver a ser eso: el niño del barrio que no pierde la ilusión por la Semana Santa.

Es el día, ha llegado la hora. Se abrirán las puertas de San Lorenzo y Diego volverá a ser el eterno fiscal de cruz, el primer nazareno que anuncia la llegada de la Virgen sola.

**¡A las calles, sevillanos! ¡A las bullas, a las esquinas, a los balcones, a las puertas de las iglesias, a los callejones, a los atajos, a los puentes, a las plazas, a los barrios!
¡Abrid el corazón, salid! ¡Vivid que sólo es una semana, porque el tiempo que hoy crees que tienes, no volverá mañana!**

SOY LA MUJER QUE...

Soy la mujer que soy por todo lo que he vivido. Por lo que me habéis enseñado. Soy la mujer a la que habéis permitido entrar en el día a día de vuestras hermandades. A pesar de que eran otros tiempos y la mujer tenía una escasa presencia, por no decir que pintaba muy poco, nunca mi condición femenina me impidió realizar mi trabajo. Nunca. Aunque no fue un camino fácil y quede mucho por hacer. Soy la mujer que soy y hoy estoy aquí gracias también a

otras muchas compañeras de oficio con las que he compartido años de Cuaresma: Gloria Gamito, Aurora Flórez, Pepa Carmona, Irene Gallardo... Mujeres luchadoras como Maruja Vilches, Milagros Ciudad, Esperanza Morales, Ana María Ruiz, Esther Ortego... Y otras muchas a las que no conozco. Pero sé que estáis ahí.

Soy la mujer agradecida por el apoyo fundamental de un arzobispo, mi querido don Juan José, para estar hoy anunciando la llegada del mejor tiempo de la ciudad.

La que ha vivido cuaresma a cuaresma cómo, poco a poco, con esfuerzo y mucha fe, nacía una gran hermandad en el Polígono de San Pablo. Mi cariño y mi recuerdo a uno de los hombres cuya fe lo hizo posible: Miguel Ángel Campos.

Volveré a contarles a todos los que me escuchen, que sois una hermandad abierta, generosa, y que siempre está con los más

débiles. Con los más necesitados. La primera mirada de la Virgen del Rosario irá para ellos, para esa pequeña tribuna que la hermandad monta cada año en la puerta de la iglesia.

El Cautivo recorrerá todo el barrio con una legión de mujeres que lo acompañarán todo el camino. Nunca irá sólo.

Como tampoco irá sólo el Cautivo de Santa Genoveva. Tengo en mi retina un día de lluvia y lágrimas volviendo por la avenida de los Teatinos. Me metí entre las mujeres que lo acompañaban, fui una de ellas. Recé y lloré, igual que lo hacían ellas.

Soy la mujer que vivió esos traslados únicos del paso de La Borriquita cuando todavía en la Alfalfa existía el mercado de animales. La que oyó esa voz de Luis, el capataz, mandando con tal fuerza que hasta los pájaros dejaban de cantar a su paso.

Os he visto jurar vuestras reglas siendo niños. ¿Por qué quieres ser hermano de San Esteban?, te pregunté. ¿Te acuerdas? “Para salir con mi Cristo de la Salud y Buen Viaje” me dijiste con la inocencia y la verdad del niño que eras entonces.

He conocido vuestras obras sociales, vuestro mayor tesoro, vuestra razón de ser. Sé de vuestra implicación con una institución que fue creada hace 400 años por un ilustre sevillano, Miguel Mañara, que socorrió a los más débiles, a los que estaban solos. Completamente solos. Y ahí seguís vosotras, las hermandades. En el Hospital de la Santa Caridad.

Soy la mujer que ha visto lo generosos que sois cuando cada verano entregáis vuestro corazón, vuestro amor a los niños que llegan de los campos de refugiados. Y aprendemos con ellos que tenemos mucho que dar. Y que dar, al final, es recibir más.

Tengo guardado en mi memoria el año que el señor de Los Estudiantes volvía de ser restaurado en Madrid. Cómo dentro de la iglesia abrían ese gran cajón de madera rodeado por un grupo muy reducido de hermanos y de repente aparecía su imagen. Y cómo esos hombres con bata y guantes blancos lo tocaban con exquisita delicadeza.

He asistido a decenas de ensayos. Te he visto crecer como costalero y llorar porque, al fin, tenías un lugar bajo las trabajaderas. Le he hablado de tú a uno de los romanos de las Cigarreras cuando lo colocaban encima del paso. Y a otro de la Exaltación la última vez que salió de Santa Catalina. He visto bordar mantos, tallar imágenes, moldear la plata.

Soy la mujer a la que un día le dijeron: “Vamos a llevar la cuaresma a las casas”. Y me lo tomé tan en serio que mi primer reportaje fue meterme en un ensayo, bajo

las trabajaderas de un paso: Las Penas de San Vicente. ¡Cómo olvidarlo!

Soy la mujer que te ha contado la salida del Resucitado, su paso por una Campana vacía, por unos palcos huérfanos de público.

Soy la mujer que ha vivido asombrada cómo bajaba casi del cielo el paso de Jesús Despojado. He visto decenas de ensayos de bandas de música con frío y bajo la lluvia. ¡Cuánto os admiro!

Soy la mujer que te ha pedido permiso y perdón miles de veces cuando me desplazaba en Semana Santa de una salida a otra. Porque siempre iba con prisas y tenía que atravesar cofradías donde estabas tú. Y te molestaba un instante para poder pasar. Y al pasar yo, aprovechaban para pasar tres, cinco o siete más... Y me parecía oír: “¡Menos mal que solo pasabas

tú, *miarma!* ¡Cierra ahí ya, aquí no pasa nadie más!”. Eso nunca lo llevé bien.

Te he acompañado a sacar la papeleta de sitio, a hacerte tu primera túnica. Soy la mujer que te ha contado la otra Semana Santa, la de las vísperas. En Bellavista, en Heliópolis, Palmete, Parque Alcosa, en Triana con Pasión y Muerte. Estuve con tu hermandad de Torreblanca aquella tarde de 1995 cuando realizasteis vuestra primera estación de penitencia con nazarenos por las calles del barrio.

He vivido Semanas Santas de lluvia, muchas. Demasiadas. Las he contado con un nudo en la garganta. Como he podido. He llorado, como vosotros, aunque disimulara.

Soy la mujer que ha entendido que la felicidad son instantes que atrapas al vuelo y guardas en tu corazón. Como cuando una legión de armaos visita los hospitales de

Sevilla llevando, entre plumas y corazas, un cargamento de esperanza. Entonces te das cuenta de lo valiosa y efímera que es la vida. Y lo egoístas que nos volvemos cuando tendríamos que estar dando gracias a Dios cada día.

Soy feliz por haber tenido la inmensa suerte de nacer en Sevilla. (Piano)

Hoy, Domingo de Pasión, he procurado ser la de siempre, Charo Padilla, la de la radio, la de Canal Sur. No he pretendido más que anunciaros la buena nueva con el micrófono de siempre, con mi voz de siempre, con la humildad que he procurado siempre.

Soy la mujer que está agradecida a su oficio por todo lo que le ha dado. Me gustaría haberos traído hoy el reportaje soñado, la gran exclusiva, la mejor entrevista. Quién y cómo se esculpió la Macarena. Pero los ángeles no me han

dejado. Insistí en que era periodista seria, de la casa, hermana de la cofradía, la primera mujer en dar el pregón, pero no hubo manera. No quisieron atenderme. Le pregunté a nuestros ángeles, a los más próximos, busqué su complicidad. Le pregunté a los querubines que revolotean en el canasto del paso de Jesús Nazareno; le pregunté a Egudiel, el ángel confortador de Montesión. A los de marfil del manto de la Virgen de los Ángeles de los Negritos y a los que salpican todo su hermoso respiradero. Fui en busca del ángel del Nazareno de la O, del de las Siete Palabras, del que acompaña al Señor de la Salud de los Gitanos, y hasta de los que escoltan la cruz de guía de San Benito. Les pregunté a los que están más cerca de Ella, a los que cubren el cielo de su Basílica “¿Para qué quieres más, Charo?”, me preguntaron todos los ángeles, “si tienes su cara morena, el rostro donde están las

oraciones de tu madre, de tus antepasados, tu gente buena, ¿Para qué quieres contar cómo y cuándo se hizo la Macarena?”.

Y los ángeles, en mi sueño, me dejaron a las puertas. No pude pedir paso, no pude abrir el micrófono, no pude narrar hoy la gran historia: ser la primera en contar cómo se hizo la Macarena. Lo que yo hubiera dado por ese reportaje. Un ángel me vio apenada. “Vete en paz Charo, sigue viviendo tu fe, anda, que hasta en sueños quieres ser la primera”. El mismo ángel me despertó. Volví a la realidad. Estaba en Sevilla, era primavera, todos ustedes me oían proclamar que hablé con esos ángeles que tallaron a la Macarena. Pero ahora no sé si es verdad, no sé distinguir entre sueño y realidad, soy un mar de dudas, una mujer confundida. Tengo cuerpo de Viernes Santo, dulce fatiga, honda satisfacción. Estoy cansada, pero me siento muy feliz. Quiero seguir soñando.

**Soy la mujer que un día, en un sueño
pregonó: “Sevilla es una cara morena a la
que mi madre rezó”.**